

Evocación de Carlos Vaz Ferreira

Salomón Wapnir*

Íbamos hacia Atahualpa, barrio de viejas quintas, en Montevideo. Allí estaba la que había ocupado durante más de 50 años Carlos Vaz Ferreira y en la que viven aún algunos de sus hijos. Mientras el auto de un diligente colega va sorteando el tránsito de la ciudad en busca de las calles espaciosas y libres, vamos pensando en los distintos aspectos de esa vida ejemplar, en las diversas facetas de ese poliedro que por su desinterés y su pasión por las altas manifestaciones del pensamiento constituyó una figura de singular relieve en el cuadro intelectual de América.

La vocación de una vida

Reconstruimos los perfiles de una época y recordamos entonces que en el primer cuarto de este siglo la juventud del Uruguay siguió con entusiasmo la senda de José Enrique Rodó, embriagada con la palabra del estilista cuyas parábolas le permitieron poner sobre la verdad el tenue velo de la fantasía, resolviendo muchos problemas esenciales con los temas del amor y la belleza. Pero muerto Rodó, en 1917, fue Carlos Vaz Ferreira quien empezó a gravitar sobre las nuevas generaciones, volcando sobre ellas el agua fresca de su inmenso pensamiento a través de la cátedra y el libro, que actuaron a manera de yunque convincente para su verbo de razón y de justicia.

Desde 1897, año en que ocupara la cátedra de filosofía, hasta 1958, en que la muerte lo sorprende en el decanato de Humanidades y en la Cátedra de Conferencias, toda su existencia estuvo consagrada a la enseñanza. Obra de artesano modesto y silencioso, ajena a la vanidad del oropel, a la pompa exterior y a la algarazca efectista, su vida fue de aquellas ante las cuales es menester tomar distancia para estimarlas en su valor total. Bastará meditar acerca de su producción intelectual para convenir en que una misma orientación medular ha presidido todos y cada uno de sus trabajos. Desde *Ideas y observaciones* (1905) hasta *Los problemas de la Libertad y los del Determinismo* (1957), el pensamiento continúa la directriz inicial de su obra, alcanzando las finalidades que esbozara frente al panorama cultural de su pueblo, ávido de una voz serena, persuasiva y autorizada. Clara, límpida, sin el malabarismo de las frases hechas, sin

**La Prensa*, Buenos Aires, 5 de marzo de 1961

los eufemismos de la retórica, Vaz Ferreira se ha prodigado intensamente, sin cálculo y sin tasa, ausente de toda reflexión utilitaria, fiel a la apasionante vocación de su vida.

El triunfo de una idea

Era enemigo tenaz de las falacias dialécticas, a las que condenó en las magistrales páginas de su *Lógica Viva* y fue un maestro al que ninguno de los problemas fundamentales de su hora le fue extraño, a cuya solución señaló rumbos y derroteros sin considerarse infalible y creer de modo alguno que fuera el único depositario de una verdad absoluta.

Luchó durante más de 30 años por la implantación de la Facultad de Humanidades y Ciencias, y cuando ella fue creada, pasó a regir los destinos de la nueva institución. Entonces el filósofo socrático que en él había definido del siguiente modo la orientación del nuevo centro de estudios: "Un claustro de ejercicios espirituales donde se estudie por el estudio mismo, por el placer y la superioridad del estudio, de la cultura y del trabajo espiritual desinteresado". Era la definición de su propia vida. Era su norte, su rumbo, su ideal.

Por eso aquel otro rector, el de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, que calaba hondo en el conocimiento de los hombres y que estimó los legítimos alcances de la obra de Vaz Ferreira, pudo decirle en una de sus jugosas cartas: "Su libro (*Ideas y observaciones*) tan sugestivo, instructivo y sólido, habrá de inspirarme más de una observación y más de un escrito y sé que tendré ocasión de citarlo una y diez y cincuenta veces y siempre con elogio".

Ya estamos llegando a Atahualpa; nos lo dice este aire limpio que se respira, el canto de los pájaros que salen a recibirnos y los infinitos matices del perfume de las flores. Ésta es la casa "de los Vaz Ferreira" y nos aguarda uno de los hijos mayores de don Carlos, acompañado de su esposa y de Eduardito, un "botija" de seis años que con sus diabluras y sus caprichos embelleció el ocaso del abuelo.

La selva encantada

Estamos dentro del ambiente en el cual el hombre que exhibió el pensamiento más lúcido del Uruguay en lo que va del siglo, transcurrió sus horas de meditación y de trabajo; en el clima en que Vaz Ferreira pudo madurar esas ideas que dieron forma y contenido a su labor imponderable en torno a los problemas esenciales de la cultura.

Desde la verja de la entrada hasta la casa, ubicada en medio de la quinta, nos cierra la marcha un parque hirsuto, salvaje, en el cual apenas se distingue un camino franqueable al paso de un hombre. Ni el parque ni el jardín conoció jamás las bondades de un arreglo y las ventajas de una poda. Nunca permitió Vaz Ferreira que se intentara "civilizar" el avance de aquella vegetación. Cuando compró el terreno, la mayor parte de los árboles ya estaban en pleno desarrollo; luego él plantó muchos más y los dejó que creciera así, que se extendieran naturalmente, dándole al lugar el aspecto de un refugio en medio de la selva. Están allí en íntimo coloquio, sin luz que los distancie, el ombú y el algarrobo, el ciprés y el espinillo, el roble y el aroma. Enlazadas a ellos, las glicinas y las santarritas, mientras las madre selvas y las lianas trepadoras cubren todos los huecos y anochecen todos los espacios. Así era don Carlos. Le agradaba y exigía lo espontáneo; había que dejar sin moldes a la naturaleza, respetar sus mandatos, no interponerse en el camino.

Se explica que Eduardito, que está muy lejos de tener “el silencio de los Vaz Ferreira”, y que nos acompaña en nuestro paseo por la quinta y por la casa, asesorándome con la riqueza de su ingenio, nos haya dicho:

-¿Sabe una cosa, señor? Cuando vienen mis amigos, por las tardes, a jugar conmigo en la quinta, me dicen: “Acá debe haber leones. Llévame a verlos...”

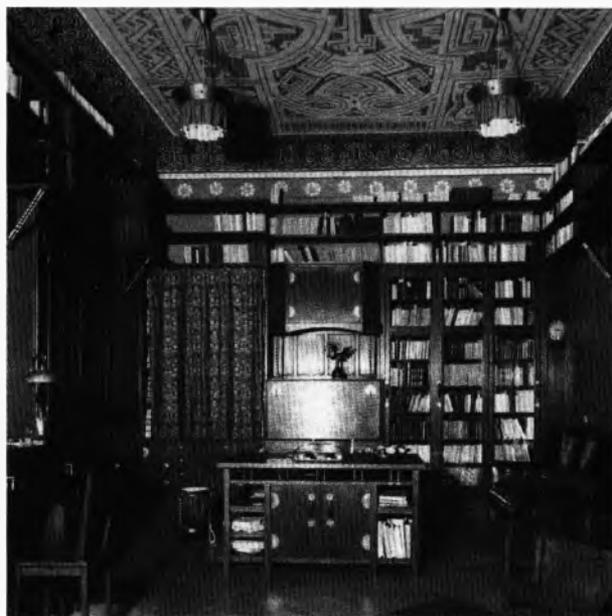
No, no hay leones, pero en cambio Vaz Ferreira tuvo los pájaros más raros, seleccionados en todas partes del mundo, de tal manera que en la hora de sus cantos, aquel rincón uruguayo parecía un espacio en el cual se hubieran dado cita los trinos más encantadores para loar el milagro de la Naturaleza. (...)

Música y ajedrez

Pero ahora ya estamos recorriendo estas habitaciones dentro de las cuales transcurriera la fecunda vida de Vaz Ferreira. Todo está como lo dejara el día que, imprevistamente, se internara en un sanatorio y más imprevistamente aún falleciera, el 3 de enero de 1958, a los 85 años de edad. Todo está como si hubiera salido para el decanato de la Facultad de Humanidades o para la Cátedra de Conferencias y tuviera que volver dentro de una hora...

En su escritorio, unas cuartillas manuscritas con esa letra poco menos que ininteligible que motivara que muchas veces dictara sus cartas más importantes a uno de sus hijos para que sus destinatarios pudieran descifrarlas...

A un costado, junto a la ventana, la mesa de ajedrez con las piezas dispuestas tal como quedaron en la noche previa a su dolencia, y en la que la muerte le ganara, sin desquite, la partida por la vida. Un jaque mate sin remedio.



Frente al tablero dejaba deslizar muchas de sus horas de reposo. Planteaba los problemas más intrincados y sin contrincante alguno manejaba el ataque y la defensa. Por eso pudo decir con su fina ironía que para el ajedrez tenía una gran vocación, pero ningún talento, al revés de su profesión de abogado, para la cual contaba con un poco de talento pero ninguna vocación.

Avanzamos y vemos reunidos los 19 tomos que integran sus *Obras Completas*, editadas por mandato de la Cámara de Representantes del Uruguay. Vaz Ferreira solo alcanzó a ver impresos los tres primeros volúmenes y ellos dieron a su modestia de hombre eminentemente espiritual la sensación de cuán grande era el ascendiente que su obra ejercía en la vida intelectual del país.

Estamos ahora en la sala de música, en la cual Vaz Ferreira, melómano de intensa y profunda cultura artística, solía reunir a un grupo de amigos dilectos —¿acaso no podrían ser dilectos sus amigos?— al solo objeto de escuchar, por espacio de varias horas, las más variadas partituras. Y allí están la primitiva pianola y un centenar de rollos de música y junto a ella, en moderno contraste, una serie de aparatos de radio y de tocadiscos de la más alta fidelidad en su sonido.

Fueron sus conocimientos musicales los que le hicieron cultivar la amistad de los grandes intérpretes, de Brailowski, de Friedman, de Rubintein, de Risler. Con éste jugaba también interminables partidas de ajedrez, que alguna vez pusieron en peligro la realización de un concierto con la sala repleta de público, aguardando... ¡Era tan peligrosa esa posición del alfil blanco!

Hogar, dulce hogar

Era un hombre disciplinado, regido por el método y el orden. Mientras el silencio lo rodeara, podría descontarse que Vaz Ferreira realizaría su obra. Lo esencial para él era estar dentro de los elementos que concurrían a facilitar la gestación de sus pensamientos. Música, pájaros, suave perfume, sombra propicia. Y todo dentro del hogar, junto a los seres que le eran bien queridos, sus libros predilectos, su hermosa discoteca, su tablero de ajedrez. No concebía que se pudiera preferir un viaje al recogimiento del hogar. Por eso salió muy pocas veces de su país, apenas las indispensables para presidir o integrar algunas delegaciones universitarias.

A despecho de su aspecto, de primera intención huraño, era afectuoso, cordial. Tenía ingenio en sus respuestas, ágiles y concisas. En una frase trasuntaba todo el mundo interior que con él marchaba, todo lo que pensaba. Una frase...

Alguna vez alguien al saludarlo le preguntó de una manera inocente:

- ¿Qué dice, don Carlos?

- ¡Lo menos posible...!, fue la tajante y cáustica respuesta.

Y así era, en efecto, Carlos Vaz Ferreira: hablaba lo menos posible, pero su pensamiento volcado en veinte libros sustanciales dicen de lo fecundo que fue su silencio y de lo armoniosa que fue la clara voz de sus ideas.

Cuando volvemos hacia la ciudad, con el perfume de las glicinas azules sentimos que nos acompañan las palabras Eduardito, el "botija" que mezclaba las piezas de ajedrez mientras el abuelo buscaba la solución de algún problema:

- Sabe, señor, ¡hay leones en la quinta!■